

El Madrid rebelde

Un paseo por el efervescente Madrid rebelde de la autogestión, las ocupaciones y el paradigma del “común”. La capital, a la que el 15M transformó profundamente, ha pasado de las okupas clásicas a movimientos socioeconómicos que incentivan otra forma de producción y de vida.





Matadero, uno de los espacios públicos de referencia.

El Puesto en Construcción (PEC) del Mercado de San Fernando, en Lavapiés.



El 12 de mayo de 1994 viví sin saberlo el cumpleaños que cerró para siempre mi adolescencia. Desde el patio del recreo del Instituto de Educación Secundaria Cervantes, muchos alumnos nos asomábamos a una Ronda de Toledo infectada de Policía Nacional. No sabíamos que aquel día se desalojaría el Centro Social Minuesa. Tampoco que la “okupa” que frecuentábamos desde los 16 años, con su pancarta de “Derecho a la vivienda”, adquiriría la categoría de mito. Recuerdo que salimos, entre clase y clase, mezclándonos con vecinos y militantes que apoyaban la okupación. Recuerdo a mi madre diciéndole a un policía: «*Estoy aquí para apoyar a estos chavales*». En mi memoria hay humo, balas de goma. Detenidos. Gente (nosotros) corriendo. Cierro la memoria engaña, exagera. Pero también da un sentido a hechos dispersos que con un poso de décadas iluminan un paisaje, una ciudad, una época: nadie imaginaba entonces que aquel espíritu rebelde y transversal de Minuesa acabaría contagiando a toda una ciudad. **Pocos sospechaban que Madrid, villa y corte, tras décadas de experimentación social, explosión 15M mediante, sería uno de los principales polos de Europa de la autogestión y de los denominados comunes urbanos.** Un hecho: la vida en el Madrid 2017 no encaja con el relato oficial: desborda el traje a medida diseñado por el régimen del 78. El Madrid Capital del Reino, en las calles y vidas de la ciudad, es un relato ínfimo, marginal. Es un lienzo rasgado. Un eco desgastado en los televisores y las portadas de prensa de papel.

Veintitrés años después del Cumpleaños Que Finiquitó Mi Adolescencia, volver al “insti” es asomarse al mundo que se empezaba a enunciar en Minuesa. Al lado del antiguo Laboratorio 1, okupa que

tomó el relevo de Minuesa en la zona, ha crecido el mural “*Reciprocidad*”, de la artista argentina Hyuro. En frente del insti, se yergue La Tabacalera, el gigantesco centro social autogestionado de la antigua fábrica de tabacos de Lavapiés. En Embajadores 41, el mercado San Fernando vive su ensayo de mundo: funciona con asamblea y las cooperativas abundan. Algunos puestos del mercado, como el heterodoxo Puesto en Construcción (PEC), son espacios militantes. En Embajadores 52 sigue viva la Eskalera Karakola, que participaba en **El Laboratorio 1 con su lema “autonomía, feminismos y autogestión”.** En Embajadores 41, el Banco Expropiado La Canica **llena de vida una antigua sucursal de Bankia.** El solar de Embajadores 18, presidido por el grafiti de El Rey de la Ruina y la frase “*Socialmente iguales. Humanamente diferentes. Totalmente libres*”, acoge mercadillos de economía alternativa.

Las intuiciones de Minuesa se palpan hoy en la vida del barrio. Y desde las atalayas sociales de la calle Embajadores se vislumbra otro Madrid, otros barrios, otras economías. Si Madrid 1987 era aquel “*mar de alquitrán, feudo estatal*” contra el que despotricaba Barón Rojo, el Madrid 2017 es un exuberante huracán de experiencias colectivas. Un huracán que creció sobre aquel descentralizado grito de “*Toma los barrios*” con el que murió la Acampada Sol. En la puerta del Banco Expropiado La Canica, Javi, miembro de la Red Solidaria de Economía de Barrio (la RESEB), fuma y tira de memoria. Saca una conclusión en las primeras caladas: «*Hemos pasado de movimientos de autogestión de espacios a movimientos socioeconómicos. Es un salto de escala importante*», matiza. El marco ha cambiado. La estabilidad macroeconómica se esfumó. La autogestión de un espacio en 1994 no impugnaba todo el sistema económico. En 2017, espacios como el Banco Expropiado La Canica son un sistema económico en sí mismos. A unas calles de La Canica, el Ateneu Cooperativo Nosaltres surgió de la mano de personas que cuestionan de lleno el propio concepto de trabajo. Ana, una gallega de 28 años, me explica, sentada en un sofá del Nosaltres que nunca ha trabajado: «*El 15M me pilló en la uni. Nunca he sido asalariada. Ni me interesa. Creamos Nosaltres para tener un espacio propio para otros tipos de vida y economías. La dificultad*

es convertir tu espacio de militancia en tu espacio de trabajo». Nosaltres funciona con cuotas de socios cooperativistas. Y con una asamblea para socios. Sus proyectos –librería, clases, reparaciones, cooperativa informática– dialogan con el barrio. **Algunos, como Ana, reciben su salario en canicas: «Cobro entre 100 y 300 canicas al mes, por llevar el proyecto de fotocopias y pasquines»**, afirma. La canica, según la definición de su web, no es una moneda física. «*Las canicas no son otra cosa que un saldo en la cuenta de cada usuario*.» Las canicas existen cuando dos personas o colectivos aceptan un intercambio. Cuando Ana y Javi se reconocen.

SE BUSCA RELATO DE ÉPOCA

Hace unos meses, me desahogaba en mi blog escribiendo sobre la invisibilidad del Madrid 2017 en los grandes medios. Mi pataleta, titulada *Se busca relato de época*, reconocía un espíritu de nuestros tiempos hecho de detalles, de vidas cotidianas. Un espíritu-vida que apenas leemos en los medios. Un relato que no cabe en la Cultura de la Transición, que Guillem Martínez define como «*unos pentagramas canijos en los que solo es posible escribir determinadas novelas, discursos, artículos, canciones, programas, películas, sin salirse de la página*».

«*Los arqueólogos digitales de 2040 tendrán la ardua y fascinante tarea de encontrar los fragmentos de la España del cambio. Del Madrid efervescente, “under”, colectivo, mestizo y rebelde que no sale en los medios. Derivas situacionistas sobre la ciudad “queer”, encuentros de arquitectos que trabajan con lógicas hacker, solares públicos autogestionados por niños con megáfono en mano (Almendra 3), el Centro Social La Dragona, que ha ocupado el mismísimo cementerio de La Almudena, abuelos ecuatorianos y hacktivistas en fiestas comunales en La Casa Roja (estudio de cine ocupado), la fiesta Halloween Tropical con Djs de cumbia en el banco expropiado La Bankarrota (Moratalaz), radios comunitarias en terrazas de Lavapiés, radios comunitarias en guaraní, quichua, mandarín o swahili, centrales solares autogestionadas en Orcasitas, el Cinema Usera tejiendo barrio y cine al aire libre. Y los hombres, que cinco*

años después del 15M siguen hablando en femenino en las asambleas. Y el lema “You Gotta Party for your rights”, evolución fiestera de las plazas, con un papel clave en la dinamización de espacios culturales públicos (Matadero).»

¿Cómo suenan las músicas/vidas que habitan los márgenes de los pentagramas canijos de la cultura de la transición? ¿Qué ritmos vitales mueven a Madrid 2017 a las rebeldías en red cocinadas tras el 15M en los autoproclamados “barrios despiertos”?

Carabanchel, 19.30 horas, sábado. Entrada del espacio autogestionado Vaciador34. Una caja de madera con monedas. Un botellín vacío. Una puerta-que-se-aaaabre: ecos de rap, bullicio. «**El precio es libre**», me dice la chica que controla la caja. Lleva corbata. Una gorrita azul. Su sonrisa brilla bajo un cartel en la pared: “*La productividad ha enterrado nuestras vidas. Abajo el trabajo*”. Dentro, en una sala diáfana, un público adolescente corea canciones. No hay palco: apenas un espacio abierto. Gente empuñando un micrófono. Improvisan. Turno de Lua Kosta. Camiseta negra: “*Lucero Barrio Obrero*”. Rimas afiladas. Gotitas de rabia: “*Poco tienes, poco vales, si dinero solo ganas*”. En la barra del Vaciador34 hay un flexo y una frase en una pizarra: “*¡Precio libre!*”. Stoyanka Andreeva pide dos botellines. Le encanta el Vaciador y «*la naturalidad con la que se adapta a*

1 Extracto del prólogo que Guillem Martínez hizo al libro *CT o Cultura de la Transición*, publicado por De Bolsillo. <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=151263>



En Vaciador34, un espacio multidisciplinar de Carabanchel, «nunca se sabe lo que ocurrirá».

La Tabacalera, en la antigua fábrica de tabacos de Lavapiés, es ahora un gigantesco centro social autogestionado.



Pintada en la terraza de Eko, espacio liberado desde la Asamblea Popular de Carabanchel del 15M.

actividades y personas. Me gusta el precio libre. Obliga a pensar cuál sería el pago justo», argumenta. Vaciador34 nació de la mano de un grupo de personas hartas «de las superficiales relaciones que se dan en el mundo del plástico y el capital». Su principal apuesta: el precio libre que «consigue que se creen relaciones más cercanas y sinceras». El espacio Vaciador34 cuenta con un «atelier», un estudio informático, una sala insonorizada, un local de revelado fotográfico y una sala polivalente. Desde que aterrizó en Madrid en 2008, la búlgara Stoyanka Andreeva ha vivido en barrios como Tetuán, Barrio del Pilar, Usera o Legazpi. Tani, como le llaman los amigos, acaba de llegar a Carabanchel. Y ya está enredada en el barrio. «Es una de las cosas que más me entusiasman de Madrid. Me parece importantísimo que las luchas por la vivienda, por derechos sociales, igualdad, estén arraigadas también en el territorio, en el contexto local y de bar», asegura.

Hace unas horas, Tani participó en un paseo feminista por Carabanchel. «El paseo me emocionó porque genera reflexiones y memorias compartidas a partir de espacios corrientes de la ciudad.» «Carabancheleando, que es gerundio». Paseos que desembocan en comidas colectivas en la Nave 10. Naves como la 10, que son una vivienda venida a más: un garaje gigante con vocación de acoger. Un garaje que suele llenarse de conciertos-fiestas-charlas. Tres mujeres sostienen un cartel dentro de una foto en la pared: «El feminismo no es una moda». Sobre una mesa, el fanzine *Furia Travesti*. Tani no tiene nostalgia de Bul-



garia, no. Le gustan los barrios de Madrid. Especialmente los que no caben en el relato «capital del reino» y descuadrán los clichés de Madrid como un Mordor postfranquista. «Los centros sociales o los nuevos espacios de gestión ciudadana son una excelente oportunidad como punto de encuentro, de intercambio y apoyo mutuo», afirma Tani.

Silvia Nanclares abrió en noviembre de 2014 su texto *Lo que hacemos es secreto* en el Vaciador34: «Al final de la cena pones en un sobre lo que crees que ha costado. O al principio (...) Después, probablemente te quedas bailando, este es un espacio donde nunca se sabe lo que ocurrirá». Nuestra vida es secreta. Nuestros barrios son secretos. Nadie hablará de nosotras si no estamos en Wikipedia, proclamaba Patricia Horrillo en el festival *FuckPatriarchy* del Vaciador34. Nadie en los medios hablará de nosotros. Por eso nos autonarramos, en blogs y bares, para sobrevivir al no-relato. Por eso nuestro paseo continúa hacia la Kúpula, un consultorio de la seguridad social abandonado, reconvertido en espacio cultural afro-latino-gitano. Saludamos a Paola Valdez (boliviana) y a Josías Nganga (congoleso), coordinadores de este nuevo Centro Cultural de Arte Internacional Autogestionado. En el piso de arriba asesoran legalmente a inmigrantes. En el sótano ensaya la banda La Kúpula Groove. Tani destaca que «la Kúpula es un lugar para visibilizar identidades, culturas y prácticas no hegemónicas». Al salir, Tani señala una imagen de Juan de Pareja, el esclavo negro de Velázquez. «La marginación tiene sus raíces en la esclavitud, el colonialismo y el racismo», matiza.

Carabanchel, barrio de barrios. Carabanchel, el anti-Madrid de la cárcel (hoy demolida) y del rock juguetón de Rosendo, que sigue en el barrio y se permite rechazar una petición popular para hacerle una estatua. «Hay motivos más importantes para gastar el dinero», dijo. Carabanchel y punto. «Carabancheleando, que es gerundio» es un «proyecto de investigación militante»

sobre la periferia de Madrid. En su *Diccionario de las periferias* tejen un relato descentralizado, osado, mestizo, irregular. Un relato de bares, okupas, parques, relaciones. Narran la vida de los barrios. Se narran. «Igual que el posttrabajo, la autogestión niega eficazmente al trabajo de lunes, asalariado, socialdemócrata», escriben.

Muchos de los relatos de Carabanchel sobre la vida de los barrios se cuecen e hibridan en la okupa Eko, un «espacio liberado desde la Asamblea Popular de Carabanchel del 15M». Una frase martillea su fachada ladrillesca: «Desobedece, organízate, lucha». En la entrada, Javier Gómez apunta con el dedo a unos paquetes: «Son los periódicos del 15M. Seis años después, siguen llegando aquí de la imprenta. Cada asamblea de barrio se lleva su montón». Javi (44 años) venía de niño a comprar al antiguo economato Ánade, que ocupó el edificio de Eko hasta finales de los años noventa. «Tras el 15M, Eko ha sido uno de los grandes lugares para construir barrio», asegura Javier. El Eko está habitado por efervescencias múltiples, por resistencias históricas, por nuevas militancias. Biblioteca comunitaria, espacio infantil (con una frase: «Construir lo común»), núcleo de migraciones, de vivienda, conciertos, seminarios, teatro, clases de «swing», permacultura. Javier, caminando por la terraza del techo de Eko, recuerda las primeras okupas, la era Minuesa. «En los noventa, Madrid era un páramo. Era el inicio de una cultura individualista, consumista. Con todo lo que estamos haciendo ahora, soy muy optimista.» Una frase pintada flota sobre el horizonte de ladrillo del Madrid sur: «Mil máquinas nunca podrán hacer una flor».

Javier menciona la Red de Compras Colectivas: una auténtica organización asamblearia del consumo que refuerza la producción autogestionada. Desde noviembre de 2016, se ha constituido la Red Logística estatal, con un primer punto de distribución en Madrid, el de Carabanchel. «Es increíble. Vienen todas las semanas furgonas de todo el Estado...», comenta Javier. En la planta baja suena «swing». Bailan. Fuera: viento, noche cerrándose. Dentro, Tere y Ester, Gaby y Bárbara, hacen punto en un rincón. Sus hijas/hijos, Olalla, Hannah, Laila y Sabina, corretean sobre el abrazo afable del «swing» compartido.

Viernes, 21.00 horas, Nodo de Producción de Carabanchel. Un murmullo habita en el taller de bicicletas de

la calle Linares 7. La planta baja está vacía. En el piso de arriba, David hace pizzas veganas en una cocina diminuta. En una sala oscura charla un grupo de jóvenes. Alguien habla en inglés «para que entienda nuestro amigo de los Balcanes. Somos pobres pero no tenemos mentalidad de pobres. Se puede llevar una buena vida con poco dinero. Incluso en una ciudad como Madrid, es posible abastecerse de electricidad, gas, agua, alimentación e internet con 100 euros al mes, tirando de decrecimiento y comunidad», afirma David. Este mexicano, que llegó a Madrid desde Aguascalientes en 2008, salió de Lavapiés por el alto precio del alquiler. «En Carabanchel, nos encontramos gente que estaba en la misma búsqueda: tener una actividad económica sin recurrir al típico empleo. Conforme los intercambios y la variedad de productos aumentaron, nos dimos cuenta de que necesitábamos un espacio donde colectivizar herramientas, instrumentos y recursos de producción.» Conquistaron que les cedieran un taller abandonado de Vespa. Y nació el Nodo de Producción, que David describe: «Cuenta con un taller de bicicletas, un taller de carpintería, una microcervecera, una pizzería vegana, un taller de costura y una productora de hidromiel. Esto rompe con uno de los pilares ideológicos del capitalismo, el individualismo, con el que las grandes empresas obtienen los absurdos márgenes de ganancias».

David cita la moneda descentralizada Canica. Una moneda que conecta Carabanchel con Lavapiés, sede del Banco Expropiado La Canica. Y tiene nodos en marcha en Segovia y Valencia. David elogia el site *karakolas.org*, basado en software libre, piedra angular de la Red de Compras Colectivas que conecta a productores y consumidores. Carabanchel, barrio de barrios. Planeta barrio. Periferia viva donde se enreda la incipiente Red Logística Estatal de las *karakolas*, donde llegan las furgonas de Euskadi, Castilla León o Levante a intercambiar productos. Carabanchel: territorio clave de la Red de Compras Colectivas

Almendo 3: los más pequeños disfrutaron de este espacio al aire libre cedido por el Ayuntamiento y regido por la autogestión en La Latina.



El Banco Expropiado La Canica ocupa una antigua sucursal de Bankia, en Lavapiés. Han creado su propia moneda: las canicas.

estatal que pretende alimentar un “ciclo virtuoso de consumo combativo” que retroalimenta la producción de fábricas recuperadas argentinas o de la fábrica recuperada VIO.ME, en Salónica.

BANCO EXPROPIADO LA CANICA

Ainara Cano, como todos los jueves, viene desde Vallecas al Banco Expropiado La Canica de Lavapiés. Entrega las cervezas artesanales de su cooperativa Cervecera Libre que vende a través de *karakolas.org*. «Llevo quince años fuera de Madrid, y veo ahora más movimiento», afirma. A su lado, Ismael y Gabriela han venido desde la Puebla de Montalbán, en Toledo. «Desde La Eco Huerta La Resistencia proveemos productos a grupos de consumo de la capital», asegura Gabriela. Esther, usuaria de La Canica de Carabanchel, entrega quesos artesanales de Cantabria. Amoun, productor de verduras senegalés, ayuda con la distribución de bolsas. Charlotte ha venido a intentar vincular la Red Agroecológica de Lavapiés y Mercapiés con las compras colectivas: «La idea es dar, de manera recíproca, mayor visibilidad tanto a las iniciativas como a los productores de cada plataforma». La Canica es un hervidero. En una esquina, un cartel exclama en catalán: “Nosaltres també som el banc expropiat”. Desde que a finales de 2016 se ocupara la sucursal, La Canica se ha convertido en uno de los epicentros de los movimientos sociales del barrio. Al tener moneda propia, La Canica es más que un banco expropiado: es un verdadero nodo de otras formas de producción.

Inevitable: escribir es recordar. Tres años después del desalojo de Minuesa, cuando visitaba el “insti” para ver a gente, solía pasar por el Laboratorio 1,

frecuentado por los amigos de mi hermano pequeño. En “El Labo” había hackers que hablaban diferente. Su imaginario era otro. Una «casa abierta», decían, «a los momentos en que se producen nuevos flujos». ² Recuerdo la sede del Movimiento de Objetores de Conciencia (MOC), en la calle San Cosme y San Damián, que asesoraron mi insumisión. Recuerdo neblinosamente un encuentro intergaláctico zapatista, tal vez en El Laboratorio 2, en 1998, cuando Lavapiés apenas salía en los mapas. El vínculo entre los Laboratorios y *karakolas.org* es más que una línea de tiempo: es la expansión de un imaginario hacker a un lugar no previsto: la economía. Escribir es recordar en zigzags. Recuerdo nítidamente cómo empezó el acoso a la sucursal de Bankia donde está La Canica, durante la acción Toque a Bankia, en mayo de 2013. Un grupo de personas cercó la sucursal con una guillotina de cartón. El asedio constante –vidrios rotos, cerraduras con silicona– acabó expulsando a Bankia de Lavapiés. O así quiero recordarlo.

DE LA AUTOGESTIÓN DE ESPACIOS A LA ECONÓMICA

En la puerta del Banco Expropiado La Canica, Javi recuerda cómo la efervescencia del 15M acabó desembocando en la Red de Economía Solidaria de Barrio (RESEB) para apoyar “otros medios de entender la economía”. Uno de los primeros pasos fueron los cinco sellos de calidad: Laboral, Proveedores, Agroecológico, Social y Económico. Javi cita un proyecto más reciente, el “tupper colectivo”, que conecta a personas que llevan comida al trabajo para que solo cocinen un día a la semana. Javi muestra entusiasmo con el gran tema del momento: las compras colectivas. «Entendemos la vida cotidiana como resistencia. Las compras colectivas rompen totalmente el ciclo del consumo y te ayuda a ver otras formas de abordar el trabajo», declara. Las compras colectivas cambian nuestros hábitos. Transforman las relaciones sociales. Interfieren en nuestros horarios. En la vida del barrio. El 85% del precio que paga el consumidor va al productor. El 15% va a parar

² Extracto de la definición del Centro Social Autogestionado (CSA) El Laboratorio, en *SinDominio.net*, embrión hacktivista de Madrid http://www.sindominio.net/laboratorio/lab_antes_desalojo.htm

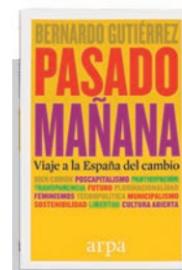
a otros proyectos de la red. Los voluntarios en el reparto reciben descuento en sus compras. El mecanismo fomenta relaciones no monetizadas. Círculos. Canicas. Redes. Madrid 2017.

Imposible recordar linealmente el tránsito Madrid 1994-Madrid 2017. Nada ha ocurrido como se planeó. En el camino ha habido apagones, anestias. Y explosiones. El 15M desajustó todo. Interfirió en los finales prediseñados. El Estado desalojó Minuesa como preámbulo del “Código Penal de la democracia” de 1995, que convirtió en delito la ocupación. El edificio de la ronda de Toledo 24 se transformó en comisaría de la Policía Nacional, para matar el imaginario de los centros sociales. El movimiento de okupación amplió el concepto de “Centro Social”, pero sin querer seducir al conjunto de la sociedad. Imposible escribir linealmente. Recuerdo el segundo aniversario del 15M. Cuando la manifestación llegó a la Puerta del Sol, se dispersó. Caminamos hasta la Plaza de Oriente. Sol, sin nadie, vigilada por policías perplejos. Y la gente, rumbo a las plazas de los barrios. Alguien llevó la guillotina del Toque A Bankia y la clavó enfrente del Palacio Real. Hubo micros y un abrazo colectivo. Alguien habló de reyes y guillotinas. Pero yo recuerdo sobre todo una cosa. Una chica muy joven, Podría-Ser-Ana, que expresó al micro su gran deseo: «No quiero trabajar, no quiero un salario, porque no quiero ser esclava». El relato de época estaba en aquella frase, flotando en la noche de la guillotina de cartón real. Y solo ahora, escribiéndola, adquiere pleno sentido.

Cuando escribí la pataleta *Se busca relato de época*, a finales de 2016, empezábamos a usar las desangeladas salas de La Canica para asambleas diversas. Varios meses después, la vitalidad de La Canica, sus mercadillos, sus encuentros, alcanzan niveles sinfónicos. Y nadie lo está contando. Nadie hablará de nosotras si no estamos en Wikipedia, decíamos. Nadie narrará nuestro día a día, nuestras vidas, hasta que todo esto les explote en la cara. Mientras acabo este texto, me entero de que La Kúpula ha recibido un aviso de desalojo. Hace unas semanas le llegó a La Dragona. Y el espacio sigue abierto. Amenazas de desalojos. Resistencia. Nuevas ocupaciones. Flujos. Vidas. Gritos-en-espíral: “10, 100, 1000

centros sociales”. Da lo mismo el número. Es una época, un mismo imaginario, un único relato inacabado que no olvida al esclavo negro de Velázquez. Nuestra vida y nuestros tiempos son secretos.

«Los arqueólogos del futuro – escribí en *Se busca relato de época– fliparán con todo lo que no se contó. Y le darán la razón a mi amigo Alberto Nanclares, de Basurama, que hace poco me mandó un audio en Telegram: “Esta época debe leerse al revés. Desde el mundo hacia el gobierno. Hay un desfase entre los marcos que ofrecen los gobiernos y esas otras vidas de las gentes. Hay políticas públicas útiles, pero ya hay mucha gente viviendo de otra manera, jugando de otra manera, relacionándose de otra manera”.*»



Bernardo Gutiérrez
@bernardosampa en Twitter
es el autor de *Pasado mañana: viaje a la España del cambio*, publicado por Arpa Editores.